

## JANUKÁ SAMEAJ / FELIZ JANUKÁ

Por: Dan Avraham H.

Hermanos míos: Shalom vaJesed!

Estamos a unos días del comienzo de la conmemoración de Januká. Para que podamos saborear la riqueza de este hecho histórico que tuvo lugar en la vida de nuestra nación, casi dos siglos antes del nacimiento de nuestro Santo Maestro, el Melej HaMashiaj, es importante que cada uno sepa realmente cuál fue la gran victoria que allí fue dada por el Cielo.

Debido al paganismo que se ha incorporado a la fiesta de Januká, tanto o más de lo que ha ocurrido con el Xristianismo, hoy día Januká es recordada como un tiempo para hacernos regalos, hacer girar los “dreidels”, disfrutar de unas lindas vacaciones y comer y beber en abundancia.

La comercialización de esta hermosa fiesta ha causado que la mayoría de nuestra gente pierda el gran mensaje que tiene para todos nosotros, y especialmente para los que decimos guiar nuestras vidas por las enseñanzas de nuestros profetas y maestros, entre los cuales destaca, por supuesto, el principal de todos: Su Alteza, el Rebe Yehoshua ben Yosef, haTzadik, de la Casa Real de David.

### **El gran milagro**

Muchos piensan que el gran milagro de Januká fue lo relacionado con el aceite de la menorá del Templo, que siendo suficiente para un solo día, alcanzó para ocho.

Por supuesto que esto fue un milagro y nunca debemos olvidarlo; pero decir que lo esencial de Januká fue la multiplicación del aceite, es cometer un grave error.

Miremos un momento la oración especial que hacemos en Januká, según fue instituida por los sabios. Esto es lo que dice:

“Estas luces (candelas) las encendemos por los milagros, la liberación, los actos poderosos, las salvaciones, los prodigios y las consolaciones que Tú hiciste por nuestros ancestros en aquellos día en esta época, por medio de Tus santos Kohanim.”

Se explica entonces: “Estas luces (candelas) son consagradas y no tenemos permiso para utilizarlas (para otros propósitos) sino solamente para verlas, con la intención de alabar Tu Nombre por Tus milagros, Tus prodigios y Tus salvaciones”.

Como vemos, no se menciona el aceite multiplicado por ocho días directamente. Pero sí se menciona “milagros, liberación, actos poderosos, salvaciones, prodigios y consolaciones”.

Evidentemente la oración alcanza mucho más que lo referente al aceite. Por supuesto que lo incluye, pero como de pasada, lo más importante, lo que más se sugiere, son “liberación, actos poderosos, salvaciones, prodigios y consolaciones”.

Todos estos adjetivos tienen la intención de perpetuar a las generaciones futuras (nosotros, dos milenios después) la esencia verdadera de lo que debemos recordar y contar a nuestros hijos para no caer en la trampa de la comercialización y paganización a que somos expuestos cada día debido al secularismo de nuestra generación.

### **¿Cuál fue entonces el gran milagro de Januká?**

El gran milagro que allá ocurrió (NGHS) fue que unos pocos, con la ayuda de nuestro Eloha, Bendito Sea, vencieron a los muchos.

En otras palabras, lo que conmemoramos es una victoria religiosa-militar sobre las fuerzas helenistas de oposición que intentaron imponer sobre nosotros una religión extraña, expresada en costumbres, lenguaje y prácticas contrarias a la Toráh.

Januká fue entonces una victoria religiosa/militar sobre el espíritu griego procurando dominar el espíritu judío. Contra nosotros fue lanzada toda la furia del Guehinón, esto es, la filosofía griega envuelta en espadas, escudos y lanzas intentando subyugar nuestras almas y destruir nuestra sagrada Toráh.

Lo del aceite vino después del gran milagro, de la gran victoria, no antes. Poner el aceite primero, es invertir el orden de la conmemoración. Esto es evidente cuando consideramos la Amidá para los días de Januká, que introduce esta conmemoración diciendo:

*”En los días de Matityahu ben Yojanán, el Kohen Gadol y sus hijos, cuando el malvado reino de Grecia se levantó contra Tu pueblo Yisrael para hacerles olvidar Tu Toráh y apartarlos de los decretos de Tu voluntad, por Tu abundante misericordia Tu te levantaste a favor de ellos en su momento de tribulación; Tú peleaste su contienda, juzgaste su reclamo, cobraste su venganza y entregaste a fuertes en manos de débiles, a muchos en manos de pocos, a malvados en manos de justos, a impuros en manos de puros y a malévolos en manos de los que se dedicaban a Tu Toráh. Para Ti hiciste un renombre grande y santo en Tu mundo. Y por Tu pueblo Yisrael hiciste una gran salvación y una liberación como en este mismo día. Y después vinieron Tus hijos al recinto santísimo de Tu Casa, limpiaron Tu Santuario, purificaron Tu sede de Santidad y encendieron candelas en los patios de Tu Templo. E instituyeron estos ocho días de Janucá para alabanza y agradecimiento. Por ellos hiciste milagros y prodigios y por ello agradeceremos y alabaremos Tu gran Nombre”.*

Como es evidente, no se menciona el milagro del aceite por ningún lugar, pero si se enfatiza que cuando “Grecia se levantó... para hacernos olvidar Tu Toráh y apartarlos de

los decretos de Tu voluntad... el Eterno “peleó su contienda... y los fuertes fueron entregados en manos de los débiles”.

Y esta es la esencia misma de Januká. Sin esto bien claro en nuestras mentes, no podemos en verdad, propiamente, recordar Januká como se nos demanda. En otras palabras, Januká es la conmemoración de una victoria militar-religiosa sobre el Helenismo invasor.

Ahora bien, el concepto de “militar y religioso” demanda una explicación.

En sentido general, los judíos y especialmente los que seguimos a nuestro Rebe, el Melej HaMashiaj, somos gente pacífica, no somos un pueblo invasor. No hay registro histórico que alguna vez nuestra nación haya querido quitar las tierras que pertenecen legítimamente a nuestros vecinos o eliminarlos de la faz de la tierra.

Las pocas veces que nuestro ejército de defensa ha incursionado en otro país, especialmente en los días modernos, ha sido por defensa propia: o para destruir fuerzas enemigas que nos combaten, o algún plan evidente de invasión a nuestras fronteras, o centros de armas atómicas o de destrucción masivas construidas o en vías de construcción para usarlas con la mira de hacernos desaparecer del mapa. Pero no somos, por definición o naturaleza, un pueblo guerrero. Somos un pueblo amante de la paz, el estudio de la Toráh y de la ciencia (en ese orden) para el bien nacional y del mundo.

Nuestros descubrimientos científicos los compartimos con todas las naciones y no escondemos para nosotros mismos los avances indiscutibles que alcanzamos, aun siendo un país, físicamente hablando, pequeñísimo en comparación con otras naciones y especialmente, con las que nos rodean.

Pero nada de esto significa que no tengamos un ejército y armas sofisticadas, capaces de mantener a raya a nuestros enemigos. Y en el peor de los casos, jas veshalom, desaparecernos del mapa sí, pero con todos ellos juntos. A no dudarlo. No obstante, lo que defendemos no tiene simplemente, un fundamento nacionalista. Lo que defendemos tiene valores espirituales y morales que son considerados sagrados.

En otras palabras, el Judaísmo no es una cultura secular, aun cuando muchos quisieran rebajarla a ese nivel y lo intentan cada día. El Judaísmo es una forma de vida espiritual que se expresa en lo material para elevar lo material a un nivel de santidad que nos permita cada día transformarlo en servicio a Di-os.

Por tanto, cuando hablamos de victoria militar, para nosotros, los judíos que amamos y procuramos seguir la Toráh en lo mejor de nuestras habilidades y circunstancias, significa “victoria religiosa”, es decir, espiritual.

¿Por qué? Porque todo lo que un judío es, tiene y lucha por, no puede ser separada, so pena de aniquilación, de su condición de pueblo religioso, de pueblo creado no por los hombres, sino directamente por la mano de Di-os para un propósito espiritual en lo material.

Al momento que nos limitamos a lo material sin entender su esencialidad espiritual, perdemos la sal con la cual se protege y da sentido al mundo.

Y los judíos somos “la sal de la tierra”, como nos fue dicho. “Y la luz del mundo” como nos fue revelado. La sal es algo que podemos tocar y encerrar en nuestras manos. Pero la luz, no la podemos tocar ni encerrar. Ella escapa de lo material para convertirse en una figura de lo celestial.

Por tanto, sal y luz no pueden separarse de nuestra identidad familiar y nacional. Nuestro ejército es la sal. Nuestra Toráh es la luz. No pueden separarse. Son una ejad.

Por tanto, cuando hablamos de una victoria militar-religiosa debemos entenderla a la luz de nuestra identidad como nación del pacto, como pueblo adquirido por Elohim para cumplir una misión en esta edad presente.

Consecuentemente no podemos separar la guerra necesaria de la Torah, de la espiritualidad que viene por la naturaleza misma de nuestra existencia y misión divinas.

Januká por tanto fue la victoria militar religiosa del judío sobre el secularismo griego y continúa siendo cada día, la victoria de los valores de la Toráh sobre el espíritu y mente helenista que intentaron destruir (y lo siguen intentando) nuestra identidad religiosa fundamentada en la Toráh.

Por tanto, mis amigos, a la hora de conmemorar de forma apropiada lo que pasó, debemos esforzarnos por entender la verdadera naturaleza de aquellos acontecimientos que van mucho más allá de hacer girar los “dreidels”, o hacer comidas especiales o encender la luz de cada uno de los ocho días de la fiesta. Incluye eso, pero es mucho más que eso.

Y como Januká coincide con la celebración pagana del culto al dios sol, que la Iglesia Romana, la gran Bestia Apocalíptica Apóstata, usando del poder militar con que contaba impuso como cultura a las naciones conquistadas bajo la vergüenza simbiótica de la misa navideña y del culto y veneración al “niño dios”, la más grande idolatría jamás vista en la faz de la tierra, muchos conmemoran Januká simplemente para contrarrestar la influencia del Cristianismo Romano en el llamado “alianza de civilizaciones” que comienza a proclamarse en nuestras naciones.

Por supuesto, Januká es un muro de protección contra esas influencias romanas, pero no podemos reducirla a simplemente un muro. Januká es más que un muro, es una explosión del espíritu judío que sale de su palio nupcial por un tiempo para destruir fuerzas invasoras de oposición y ocupación. Januká es una guerra religiosa, una batalla espiritual, una confrontación necesaria en aras de la Toráh, el honor del Di-os de Israel, de la luz y la verdad, tal como nos ha sido revelados en nuestros Sagrados Libros.

**25 de Kislev**

La historia de ésta época nos cuenta que los griegos decidieron profanar la Santa Sede del Cielo en la tierra -el Templo de Yerushaláyim- específica y tendenciosamente el 25 de Kislev, anuario hebreo.

¿Por qué? Porque ese día, en aquel año, coincidió con la fiesta pagana del solsticio de invierno, que por ser considerado el “día más largo”, lo asociaron con el nacimiento del “dios sol”.

Los greco-sirios tenían este día en gran reverencia y motivos de sus artes cúllicas paganas. Ese día, el 25 de Kislev, erigieron un ídolo griego en la Santa Sede e impusieron sobre los judíos la prohibición de la circuncisión, del Shabat, del Rosh Jódesh y de la lectura de la Toráh.

Su tendenciosidad era evidente: asimilar al judío, robarle su alma, destruirle su espíritu, borrarlos de la faz de la tierra, porque un judío sin Toráh, es como un cuerpo sin alma, un cadáver.

Para añadir más vergüenza aún, el Cristianismo que surge en Roma varios siglos después, adopta el contexto ya creado del mito pagano del solsticio de invierno, para introducir a su nuevo “sol” nacido, esto es, el “niño dios romano” asociándolo y asimilándolo dentro de los valores culturales de los ídólatras de aquella época. De esa miasma cultural surge la fiesta de la Natividad, el 25 de Diciembre, que para el día de su inicio coincidió con el 25 de Kislev, como una componenda inaceptable realizada por los nuevos amos del mundo e impuesta a las naciones que iban siendo tomadas bajo la bandera azul y blanca y la cruz, de ahora en adelante, el “símbolo por el cual vencerás” que se extendía por toda la tierra.

Los macabeos, para mostrar la victoria de la Toráh sobre el paganismo helenista, pasado Sucot, deciden seleccionar exprofesamente el 25 de Kislev como el día de la dedicación oficial del Templo y del comienzo de la fiesta de ocho días, precisamente para demostrar la victoria del Di-os del Israel sobre los ídolos de la tierra, de la Toráh sobre el secularismo, de la luz sobre las tinieblas, del Judaísmo sobre el paganismo.

### **Januká – Una guerra civil-religiosa**

La realidad histórica, basada en las únicas fuentes con que contamos, esto es, los libros de Macabeos, demuestra más allá de toda duda, que Januká fue una guerra civil religiosa entre judíos.

Por supuesto, que el factor greco-sirio no puede ser ignorado, pero a no ser por el apoyo de los judíos helenistas, simpatizantes de la cultura griega, su estilo de vida, filosofía y perspectiva de la sociedad y del mundo, los invasores no habrían tenido la oportunidad de asentamiento nacional que tuvieron.[1]

El conflicto se inicia cuando Matityahu ben Yojanán (Kohen Gadol) se encuentra en su camino hacia Yerushaláyim con un yehudí que va a ofrecer sacrificios con animales impuros en uno de los lugares altos establecidos por los judíos helenistas, simpatizantes de las fuerzas de ocupación.

Saltando sobre él, lo golpea contra una roca, en un arranque de ira sagrada, si o no con la intención de matarlo, pero el caso es que el hombre es herido de muerte. Un soldado griego que patrullaba la zona interviene, intenta golpear al Kohen Gadol y este, defendiéndose, también lo ajusticia.

Al conocerse el hecho, Matityahu y su familia y amigos íntimos, son colocados en la lista negra de los greco-sirios y de los judíos no religiosos helenistas y esto causa que el Kohen Gadol tenga que huir y esconderse en las montañas cercanas.

Ellos tenían Toráh, pero no espadas. Tenían la fuerza de la verdad en sus corazones, pero no contaban con armas suficientes ni el conocimiento militar adecuado para hacer frente a un ejército mucho más numeroso, bien entrenado y con el apoyo interno de grupos apátridas.

El grupo en las montañas creció, pues muchos cohanim y leviím se le unieron, pero finalmente fueron acorralados por las fuerzas extranjeras. El asalto real se inicia un Shabat en la mañana, al despuntar el sol. Siendo Shabat, no se defendieron para mantenerlo sagrado, según lo juzgaron; y fueron masacrados. Mas de 1000 kohanim, levi'im y amigos fueron decapitados, mutilados y vilipendiados en ese solo día.[2]

Al conocer de la noticia, otros judíos piadosos, sin ser cohanim o leviím, comprendieron que había llegado la hora para tomar las armas (quitándosela a los griegos tanto como se pudiera o inventándolas ellos mismos) y unirse a la resistencia que había sobrevivido a la masacre de Modiín.[3]

Y esto constituye una gran lección para todos: a menos que los justos se mantengan unidos, no podremos vencer las fuerzas de ocupación. Mientras nos odiamos sin causa unos a otros, nos rechacemos unos a otros y nos acusemos unos a otros, procurando la hegemonía y el dominio, no podremos prevalecer en nuestra batalla contra un enemigo común.

Pero si somos capaces de poner al lado nuestras diferencias y enfatizar lo que nos une en la lucha, prevaleceremos sin duda. La historia demuestra que solamente cuando Yehudá Hamacabí recibió los refuerzos de los “voluntarios del yugo del Reino de los Cielos” (jasidim-fariseos), la victoria contra las asimilacionistas nacionales y las fuerzas de ocupación extranjera, pudo tener lugar.

Efectivamente, la “guerra de guerrillas” les dio un resultado impresionante y con la ayuda del Cielo, pudieron vencer a los helenistas vendidos a Grecia y sus tropas incircuncisas.[4]

Tres largos años duró aquella guerra civil religiosa. Finalmente Yehudá el Macabeo, entra victoriosamente en Yerushaláyim y se dirigen al Templo. Allí descubren, cubiertos la cabeza de ceniza, cómo los helenistas judíos habían convertido al Templo en un lugar pagano, con la ayuda de los greco-sirios. Descubren que habían erigido un ídolo griego en el lugar santo, derramado sangre de cerdo sobre el altar del sacrificio que fue luego introducida al Lugar Santísimo. El dolor y la vergüenza eran insuficientes para expresar su pena. Todo hubo que limpiarlo y reemplazarlo y re-dedicarlo de nuevo. De esta re-dedicación viene el nombre de Januká (Dedicación).

En un principio habían calculado que podrían ganar la guerra en Elul, y poder hacer las tres grandes fiestas finales en el Templo. Pero pasó Sucot y solamente después vino la victoria. Yehudá el Macabeo con su tribunal, deciden conmemorar la victoria por ocho días, posiblemente en honor a Sucot que no pudo ser santificado. Y esto dio lugar a la Fiesta de Januká por ocho días, como la conocemos.

### **¿Y el aceite?**

Si observamos bien los registros históricos con que contamos para esos días, el milagro del aceite no se menciona por ningún lugar. De hecho, será el Talmud, 680 años más tarde quien nos informará de dicho milagro. ¿Cómo es que el Sefer HaMacabim no lo menciona?

La respuesta no es que el milagro del aceite no haya ocurrido y que fuera una leyenda creada más tarde, sino que los jueces de aquellos días tuvieron reservas acerca de ello, ante el peligro de que el pueblo, concentrando sus ojos en lo del aceite, pudiera perder de vista lo que realmente constituyó el gran milagro de Januká, que no fue el aceite, sino la gran victoria que el Eterno entregó a los pocos enfrentando a los muchos, a los justos, frente a los injustos, a los observantes de la Toráh frente a los asimilacionistas nacionales que apoyaban un ejército de ocupación extranjera con la mira de destruir la Toráh y perpetuarse en el poder a fin de hacer de Israel otra Grecia pagana.

Por supuesto, no podemos minimizar al punto de eclipsar el milagro del aceite,<sup>[5]</sup> pero fue un milagro para confirmar la gran victoria y demostrar ante todos que fue la mano del Eterno quien causó la derrota de los enemigos de la Toráh y de Israel cuando los justos se unen por el bien común del honor del Cielo. Este es el milagro mayor.

### **¿Qué debemos aprender de Januká?**

La gran lección que Januká no es que cuando tengamos una necesidad, nos crucemos de brazos esperando que se nos multiplique el aceite. Si el Eterno quiere hacerlo, es Sus manos está el hacerlo. Pero la gran lección es que si tomamos la iniciativa, por el honor del Cielo, cuando el momento llega, hay que juntar las fuerzas de santidad de todo Israel, esto es, las del espíritu con la de las espadas, para combatir por el honor del Eterno, Su sagrada Toráh y el futuro de nuestro noble pueblo judío, so pena de ser, jas veshalom, echados de la tierra de nuevo.

No importa cuan intensa sean nuestras oraciones, ni cuan fervorosos nuestros rezos, ni cuanto tiempo dediquemos al estudio de la Torah, cuando Israel está en peligro de ser absorbido y destruido por helenistas apoyando a greco-sirios, antiguos y modernos, debemos juntar la fuerza de la kedushá con la fuerza militar y el Eterno nos dará de nuevo otra Januká.

Esto demanda de nosotros estar dispuestos al mayor de los sacrificios, incluso al nivel de “Mesirat Nefesh” (entrega de la propia alma) en aras de la salvación de Israel. Si los intereses del Cielo no son la prioridad número uno de nosotros, estamos perdidos.

Dijo nuestro Santo Maestro: “Buscad primeramente el Reino de HaShem y Su justicia”. Sin esto bien sembrado en el corazón es imposible alcanzar el nivel de “mesirat nefesh” (sacrificio supremo, entrega del alma). La ausencia de este compromiso fundamental y básico es la causa por la cual nuestro Santo Maestro, el Melej HaMashiaj permanece escondido de nosotros, esperando nuestro retorno verdadero al Padre.

Tristemente, los mismos hasmoneos que escribieron una página maravillosa en la historia de la redención de Israel, luego se aliaron con Roma, firmaron un tratado de paz con el nuevo imperio nacido y se fueron tras los dioses del oro y poder (religioso y civil) ofrecidos por Roma a cambio de su dominio y control de la tierra. Esto abrió el camino para que naciera en Israel, el periodo de mayor corrupción religiosa y política nunca antes vista. Fue en este tiempo de corrupción que vivió nuestro Santo Maestro y causó las disputas de santidad que encontramos en nuestros libros. Esas disputas y críticas no fueron lanzadas contra los piadosos fariseos observantes de la Toráh, sino contra los corruptos asimilacionistas, aliados con Roma, amigos del poder religioso y civil a cambio de cualquier cosa, incluso, vendiendo la Toráh y la tierra de Israel a incircuncisos, dispuestos a comprar los puestos de autoridad para enriquecimiento propio, desde la posición de Kohen Gadol, hasta cobradores de impuestos fiscales, todos los cuales se subastaban por Roma al mejor postor.

Mis amigos, es imposible ser observantes de la Toráh mientras nuestro corazón está plagado de corrupción. Como dijera nuestro Santo Maestro: “¿Cómo podéis tener amor a Elohim en vuestros corazones cuando estáis procurando solamente vuestra propia gloria?”

Mis amigos, la integridad moral es un prerrequisito para la observancia de los mandamientos. Si nuestro corazón no es puro, nada será puro. Antes de purificar nuestra conducta, tenemos que purificar nuestro corazón, porque es de adentro del corazón que salen las violaciones de la Toráh: el adulterio, el odio sin causa, las mentiras, abominaciones... y estas son las cosas, “que contaminan al hombre”. Y este era el grito de David HaMélej: “Crea dentro de mí, oh Eloha, un corazón limpio y renueva un espíritu recto dentro de mí”. Grito que escasea hoy día y que demanda de cada uno de nosotros su afirmación y renovación urgente.

Uno de los más graves peligros que enfrentamos en nuestra generación es el síndrome del kibutz espiritual, esto es, encerrarnos nosotros mismos, vivir lo mejor que podamos nosotros mismos, y dejar a cambio, que el mundo se desvanezca delante de nuestros ojos.

Este es un camino equivocado. Januká nos enseña que hay momentos cuando tenemos que dejar nuestras casas y comodidades y lanzarnos a la conquista del honor de la Toráh y de nuestro noble pueblo judío. Y eso no se logra escondidos en una Yeshivá y recibiendo mucho dinero del gobierno para que nos quedemos callados.

Cuando salgamos de la Yeshivá, ciertamente, tendremos mucho conocimiento de Toráh, pero no tendremos estudiantes, pues todos estarían (jas veshalom) asimilados y occidentalizados más allá de toda posibilidad de retorno.



Para salvar a Israel cada centro de trabajo tiene que ser una Yeshivá, así como cada escuela, universidad, barrio, ministerio del gobierno, y cada escuadrón militar. Allí es donde tienen que funcionar nuestras Yeshivot; vivientes yeshivot, siendo “sal y luz” como nos ha sido enseñado.

Tristemente, los que tienen en su mano la autoridad para causar que esto suceda, están siendo neutralizados por grandes sumas de dinero y sillas congregacionales y al mismo tiempo, aislando de ellos mismos a piadosos judíos que están dispuestos a tomar parte en la más grande revolución espiritual jamás conocida en la historia, pero que por causa de su relación con nuestro Santo Maestro, son marcados como “apóstatas, revisionistas, apátridas, minim” y pare usted de contar, sin darse cuenta todavía que son sus más seguros y confiados aliados en esta lucha.

Es cierto, no podemos enviar a nuestros jóvenes a servir de “carne de cañón” y de “chivos expiatorios” expuestos a todo tipo de transgresiones y corrupciones morales, como ya lo sabemos, pero la sociología demuestra que la presencia cuantitativa crea cambios cualitativos y finalmente la acción de los muchos se impone. Si logramos cambiar las estadísticas, tendremos oportunidad de cambiar el destino del pueblo.

Y esto requiere de cada uno re-aprender de Januká la gran lección que estamos listos a conmemorar en unos días.

Es cierto, pondremos aceite en nuestras janukillas, y encenderemos las ocho velas en su secuencia apropiada y compartiremos regalos y compartiremos ricas cenas y nos alegraremos en la gran salvación que recibieron nuestros ancestros, pero si esto es todo lo que Januká significa para nosotros, alejaremos de nuevo la redención final de nuestro noble pueblo judío.

El gran milagro, mis amigos, no fue el aceite, aunque lo recordamos con gratitud y alabanza, pero el gran milagro tuvo lugar cuando hombres y mujeres piadosos, pusieron el Reino de los Cielos y el honor del yugo de la Toráh por encima de su alegría más grande y el Eterno extendió Su brazo de poder y causó que los pocos vencieran a los muchos, que los justos se impusieran sobre los injustos y que el dominio de Israel en manos de “impuros pasaran a manos de los puros” y del dominio de los malévolos “a los que se dedicaban a Tu Toráh”.

Solamente después que tal milagro tuvo lugar, “vinieron Tus hijos al recinto santísimo de Tu Santuario, purificaron Tu sede de santidad y encendieron candelas en los patios de Tu Templo”.

Mis amigos, tenemos delante ocho días de “alabanzas y agradecimientos” por los milagros y prodigios que allá tuvieron lugar, incluyendo por cierto, lo del aceite sagrado, pero sin olvidar el más grande milagro de todos: que el Eterno peleó nuestra contienda, juzgó el reclamo de los jasidim y cobró venganza contra los asimilacionistas destructores de la Toráh, soplonos, acusadores, sembradores de odios sin causa y aduladores de un imperio

extranjero que intentaba hacer de Israel otra Grecia o de JerUSAén otra cosa que un “reino de sacerdotes y gente santa”.

## CONCLUSIÓN

Esta realidad que he tratado de compartirles, demanda de cada uno de nosotros como netzaritas modernos, mayoritariamente descendientes de anusim, una gran dosis de sacrificio de paciencia mientras se pase el sentimiento de rechazo de nuestro “hermano mayor” que no quiere entrar a la fiesta que el Padre nos ha preparado luego del retorno a casa.

Es entendible que nuestro hermano nos vea como “desperdiciadores de tus bienes”, pues hemos vivido todos estos siglos asimilados en una “provincia apartada”, junto a las “algarrobas y los puercos” cuyos olores todavía se siente, en algunos casos.

Pero en la misma medida que vayamos estableciendo nuestra identidad, afirmando nuestros pies en la Toráh, acorralando las transgresiones circunstanciales tanto como sea posible y siendo fieles al legado que hemos recibido, el rostro de nuestro hermano y su lengua cambiarán de tono y finalmente, el padre amante, no nosotros, **el Padre**, lo convencerá y lo traerá de vuelta a casa para que Judá “no maltrate más a Efraín” ni Efraín tenga ya más envidia de su hermano, sino que sean “uno solo en Su mano” para bendición de toda la tierra como fue profetizado.[6]

Esta es nuestra esperanza y por ella seguimos luchando, aun cuando tengamos por ahora el rechazo de aquellos que más amamos. El dolor de su rechazo, mis amigos, son necesarios en tanto se transforman en méritos requeridos para expiar el pecado de nuestros ancestros cuando por el miedo, el amor al dinero y el poder nobiliario, causaron que abandonaran la Toráh y se volvieran a los ídolos, produciendo una generación de judíos gentilizados y asimilados mayoritariamente en el cristianismo romano cuyo tiempo para retornar a casa ha llegado.

### **¿Y qué de los Benei Noaj/Avraham? ¿Deben recordar Januká también?**

¡Por supuesto que sí! Tienen derecho, son nuestros hermanos y co-partícipes de la promesa, como nos ha sido enseñado. Solamente teniendo cuidado de no hacer las oraciones que serían impropias para un no judío.[7] Pero mejor ocasión que esta no habría, para bendecir al Eterno por haberles dado la victoria sobre la idolatría y el paganismo, del cual han escapado por la enseñanza y méritos de nuestro Santo Maestro, el Melej HaMashiaj a quien esperamos confiados y seguros cada día.

Por tanto, al juntarse a sus hermanos, la Casa de Israel, y encender junto a ellos cada una de las ocho luminarias, deben hacerlo levantando manos santas, sin ira ni contienda y agradeciendo al Eterno en sus propias palabras, por haberles redimido de la idolatría y de Roma y juntarles con sus hermanos, el pueblo judío, en tan magna conmemoración.[8]

¡Januká Sameaj!

---

[1] Sefer HaMacabim Alef 1:27

[2] Por cierto, solamente a partir de este incidente, los jueces establecieron el principio de Pikuah Nefesh Doheh HaShabat” (Salvar la vida toma precedencia sobre el Shabat”. Sefer HaMacabim Alef 2:41)

[3] Estos judíos piadosos (jasidim) luego vinieron a ser conocidos como los perushim (fariseos) que encontramos tiempo después, en los días de nuestro Santo Maestro, formando parte crucial de la sociedad judía del periodo del Segundo Templo.

[4] Algunos han tratado de relacionar a estos jasidim con los esenios, pero tal teoría no resiste la evidencia histórica. Los esenios, en su mayoría, vivían aislados de la comunidad judía por la corrupción religiosa que surge un siglo más tarde, cuando tristemente los hasmoneos se venden a Roma a cambio de poder político. Los jasidim, ahora fariseos, nunca se separaron del pueblo de Israel, sino que se mantuvieron en todas las comunidades, procurando enseñar lo mejor posible la Toráh. Algunos, tristemente, también se corrompieron y llegaron a extremos inaceptables, asunto que causa la crítica de nuestro Santo Maestro, pero la crítica era a su favor, para traerlos de vuelta a la sencillez y pureza del principio, pues los fariseos constituyeron las mejores reservas morales y doctrinales de todo Israel para aquél período. Debido a esto, el Santo Maestro no les dejaba pasarse de la línea de santidad ni por el grosor de un cabello. Aunque el término “perushim” significa “separados” no quiere decir que se separaban de la comunidad, como los esenios, sino de todo el que viviera contrario a la Torah, con esos ni siquiera se juntaban. Rav Shaul, un fariseo, dirá después que los que andan fuera de los mandamientos, “con el tal ni os juntéis” para que se arrepienta, una contundente evidencia de la naturaleza de los perushim.

[5] Efectivamente, luego de varias semanas de trabajo intenso, la hora había llegado para encender las luces de la Menoráh y esto causó el milagro del aceite como ya lo conocemos. Solamente encontraron una vasija pura, intacta, con el sello del Cohen Gadol, que no había sido profanada. Pero ello solamente alcanzaría para un día, pero duró ocho, con tiempo suficiente para que los cohanim prepararan el resto. Bendito sea el Eterno por este milagro. Pero no perdamos de vista que este milagro fue un resultado del verdadero milagro que tuvo lugar, como ya hemos explicado.

[6] Ezequiel 37.

[7] Entre las bendiciones de Januká, los jueces establecieron que se dijese, por ejemplo: “Bendito eres Tú, Señor nuestro Eloha, Rey del Universo, que nos ha santificado con sus mandamientos (rabanitas) y nos ha ordenado encender la candela de Januká”. Y “que hizo milagros por nuestros ancestros”. Estas oraciones no aplican a un Ben Noaj/Avraham, porque fueron establecidas especialmente para los judíos, no para los noaditas que no son, biológicamente judíos. Por tanto, deben ser evitadas para no mencionar el Nombre Divino a una declaración que es falsa. Pero puede el Ben Noaj/Avraham elevar su propia oración de gratitud y alabanza por los milagros recibidos por sus hermanos judíos y por las implicaciones que tales milagros tienen también para ellos.

[8] Este año secular (2006) la primera luz de Januká se debe encender justo antes del encendido de las luces del Shabat, toda vez que coincide con el sexto día de la semana, el viernes, diciembre 15, antes de la llegada del Shabat.